

### Boletín para Servidores

Guiados por el Espíritu:

#### Soy líder y he perdido la pasión por el Señor

Denise Bergueron

#### Celebrando la unidad y la diversidad

Oreste Pesare

Preguntas a la Comisión  
Doctrinal de ICCRS:

#### ¿El papa puede revocar las leyes o enseñanzas de la Iglesia?

Guiados por el Espíritu:

## Soy líder y he perdido la pasión por el Señor

■ Denise Bergueron



**1. En primer lugar, es necesario definir las palabras «líder» y «apasionado».** Un líder es una persona elegida por Dios, de entre los miembros del grupo de oración, para llevar a cabo un ministerio: el lavatorio de los pies. Su responsabilidad es la de guiar a sus hermanos a Jesucristo. Es como un pastor que va delante del rebaño para mostrar el camino. Su llamado no es a estar «por encima» de los demás, sino más bien a caminar con ellos. La pasión es un 'apetito de algo o afición vehemente a ello' (*Diccionario de la lengua española*, 23.ª ed. [2014]). Un líder apasionado es el que ha tenido una experiencia transformadora con Jesús como Señor y Salvador, de tal manera que esta experiencia lo impulse hacia el logro de un objetivo específico. La pasión es una fuerza interior que canaliza todos sus pensamientos, palabras y acciones y los dirige hacia el Señor y su gloria.

Esta pasión es fruto de una profunda experiencia espiritual, destinada a desarrollarse y ahondarse a través del tiempo mediante una relación sincera y fiel con el Señor. Para evitar que se marchite y muera, esta pasión debe encontrar su fuente de vida en la oración y en la relación viva, personal y auténtica con Cristo, como lo enseña el apóstol Pablo (Fil 3, 12-16).

Al igual que cualquier niño en su proceso de maduración, tiene que pasar por crisis, así también un hijo de Dios que desee crecer, debe soportar las pruebas durante su vida espiritual. El líder necesita aceptar este crecimiento con toda su riqueza y tener un gran deseo de reconciliación y comunión.

**2. Algunos motivos por los que se pierde la pasión.** Consideremos la importancia del combate espiritual al que debe enfrentarse un líder, y todo

aquel que quiera entregarse al Señor y servirle con un corazón apasionado, amoroso.

- El cansancio debido al activismo y a que no se delegan responsabilidades.
- El desánimo, cuando el líder, basándose en sus propias fuerzas, se decepciona al no ver los frutos que esperaba.
- El deseo de control, es decir, estar en presencia del Señor, pero no dejar actuar al Espíritu Santo.

d. La acedia, es decir, la pereza espiritual que conduce a la negligencia en la recepción de la gracia que viene de las fuentes de vida. Pasar menos tiempo en oración y fácilmente abandonar la Palabra de Dios, dejar de frecuentar los sacramentos, etcétera.

e. Experimentar el desierto espiritual, un lugar de cre-cimiento, pero también de combate espiritual. Este es un tiempo de purificación, para buscar lo que es esencial en la vida interior. En estos momentos en particular el líder necesita apoyo.

Estas actitudes se convierten en obstáculos para crecer en la vida espiritual.

**3. Las debilidades y tentaciones que desmedran nuestro servicio como líderes.** Crear conciencia de estas debilidades, las cuales amenazan y merman nuestro servicio al Señor, nos ayudará a idear maneras de encontrar nuevas fuerzas. Su santidad Francisco nos indica algunos remedios (*L'Osservatore Romano*, 22 de diciembre de 2014):

- La enfermedad de creerse «inmortal», «inmune» e «indispensable». El antídoto para esta epidemia es la gracia de reconocer la propia vulnerabilidad y pecaminosidad, lo que nos permite decir sinceramente que «somos siervos inútiles, hemos hecho lo que teníamos que hacer» (Lc 17, 10).
- El activismo. Esto atañe a las personas trabajoadictas, quienes dejan de lado inevitablemente «la parte mejor» de sentarse a los pies de Jesús (Lc 10, 38-42). Por esta razón el Señor pidió a sus discípulos que fueran con él a «descansar un poco» (Mc 6, 31), ya que dejar de lado el necesario descanso conduce al estrés y la agitación. Los tiempos de descanso para aquellos que han cumplido su misión es una necesidad, un deber que se ha de tomar en serio. Pasar tiempo con la familia y observar los días de fiesta son oportunidades de renovación física y espiritual. Es preciso recordar lo que enseña Cohélet: «Todo tiene su momento» (Ecl 3, 1-15).
- El organizacionismo y el planificacionismo. Siempre es necesaria una planificación, pero nunca hemos de ceder a la tentación de controlar y limitar la libertad del Espíritu Santo, la cual es mucho más grande y generosa que todos los planes humanos (cf. Jn 3, 8).
- La mala organización. Cuando no hay suficiente comunicación entre los miembros del cuerpo, las cosas no pueden funcionar armoniosa y moderadamente. Esto provoca desorden y división, debido a que los miembros no colaboran en un espíritu de



## Un hijo de Dios que desee crecer, debe soportar las pruebas durante su vida espiritual.



comuni3n y de cooperaci3n: «El ojo no puede decir a la mano: “No te necesito”; y la cabeza no puede decir a los pies: “No los necesito”» (1 Cor 12, 21), lo que genera vergüenza y escándalo en el cuerpo.

- e. También existe la amnesia del amor primero. Olvidar la «historia de la salvaci3n», nuestra historia personal con el Señor, el «amor primero» (Ap 2, 4). Se trata de una disminuci3n gradual de las facultades espirituales que, más o menos a largo plazo, produce una grave discapacidad en la persona, por lo que es incapaz de realizar una actividad con independencia. Esta persona vive en un estado de absoluto apego a sus puntos de vista, a menudo imaginarios. Detectamos esta enfermedad en los que han perdido el recuerdo de su encuentro con el Señor; aquellos que no perciben el significado hist3rico de la vida; aquellos que son totalmente prisioneros de su presente, sus pasiones, caprichos y modas; aquellos que construyen muros alrededor de sí mismos y de sus hábitos, y se vuelven más y más esclavos de ídolos tallados por sus propias manos.
- f. La rivalidad y la vanidad. «No obren por rivalidad ni por ostentaci3n, considerando por la humildad a los demás superiores a ustedes. No se encierren en sus intereses, sino busquen todos el interés de los demás» (Fil 2, 3-4).
- g. La murmuraci3n, la calumnia y el chisme. Se trata de una enfermedad grave, que comienza con una simple conversaci3n sobre una persona y luego se siembra la sospecha. San Pablo dice: «Cualquier cosa que hagan sea sin protestas ni discusiones, así serán irreprouchables y sencillos» (Flp 2, 14 ss.).
- h. La indiferencia hacia los demás. Sucede cuando cada uno solo piensa en sí mismo y pierde la sinceridad y la calidez de las relaciones humanas; cuando los entendidos no ponen sus conocimientos al servicio de los demás; cuando se aprende por el egoísmo de acumular conocimientos sin compartirlos generosamente con los demás; cuando, por celos o engaños, nos regocijamos de la caída de los demás en lugar de ayudarlos y animarlos.
- i. La tristeza en el semblante. Es la enfermedad de las personas ásperas y malhumoradas, que piensan que para ser serios han de tener una máscara de melancolía y severidad, y tratan a los demás —especialmente aquellos que consideran inferiores— con rigurosidad, dureza y arrogancia.

En realidad, la severidad teatral y el pesimismo estéril son a menudo síntomas de miedo e inseguridad. El ap3stol debe esforzarse por ser una persona amable, serena, entusiasta y alegre que transmite alegría, independientemente de donde se encuentre. Un coraz3n lleno de Dios es un coraz3n feliz que irradia y comunica su alegría a

todos los que lo rodean. ¡Se nota de inmediato! Así que no perdamos ese espíritu gozoso que sabe cómo manejar el humor y la autocrítica, y nos hace personas agradables incluso en situaciones difíciles. ¡Siempre es buena una dosis de humor sano!

- j. La afecci3n de los círculos cerrados. Esto se da cuando la pertenencia a un grupo pequeño se vuelve más fuerte que la pertenencia al Cuerpo y, en algunos casos, a Cristo mismo.

#### 4. Las armas para salir victoriosos en la batalla:

- a. La fuerza del Espíritu Santo. El líder permite que el Santo Espíritu actúe en él, en ambas direcciones: hacia dentro y hacia fuera. Hacia dentro, el Espíritu lo impulsa a interiorizarse, para encontrar y contemplar a Dios en el amor y la fe. Hacia fuera, el Espíritu, que es el alma de cualquier apostolado misionero, da al líder la preocupaci3n por los demás y la necesidad de participar en la evangelizaci3n del mundo.
- b. La escucha asidua de la Palabra de Dios. Creer en la Palabra de Dios es adherirse a la mente de Cristo, imitándolo, viviendo con él y en él, y para él. La Palabra lo transforma y lo hace entrar en la nueva vida en el Espíritu.
- c. La oraci3n. Permite que el líder ahonde en su relaci3n filial con Dios.
- d. El discernimiento y la direcci3n espiritual. Según el P. Jean-François Catalan, S. J. —profesor emérito de psicología de la Facultad Jesuita de París y doctor en Filosofía, «acompañar es ayudar a encontrar el camino, a mantener el ritmo, en ocasiones alumbrar allí donde todavía reina la oscuridad, indicar a veces una direcci3n y nada más» (*Expérience spirituelle et psychologique*, París, DDB [1994], p. 168.).
- e. La vida comunitaria. Al asistir a un grupo de oraci3n, el líder no estará aislado y encontrará fuerza y apoyo.
- f. La oraci3n con imposici3n de manos. El líder va a encontrar en ella un lugar de gracia y sanaci3n.
- g. Los sacramentos. El líder está llamado a recibir las gracias de los sacramentos con regularidad.

He mencionado algunas maneras de hacer frente a lo que llamo el «letargo espiritual». Son parte de nuestro crecimiento humano y espiritual. Estemos vigilantes. El Ap3stol, al experimentar su pequeñez, nos dio un secreto maravilloso: «“Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad”. Así que muy a gusto me glorío de mis debilidades, para que resida en mí la fuerza de Cristo» (2 Co 12, 9).

El líder tiene que recordar y volver a esa experiencia fundamental de su vida, el momento en que Jesús lo miró con amor. Ha de mantener vivo en su coraz3n ese momento de gracia que cambi3 su vida y encendi3 su coraz3n. 🏠

# Celebrando la unidad y la diversidad

■ Oreste Pesare



No tengo miedo en decir que la Renovación es un avivamiento que desafía a la Iglesia —y a las iglesias— a estar unidas en el Espíritu, y también a buscar la unidad visible de todo el Cuerpo de Cristo.

El Espíritu Santo es el alma y el creador de la Iglesia y de la unidad; y solo con su gracia seremos capaces de alcanzar el objetivo que Jesús expresó en su última oración al Padre, justo antes de entregar su vida por la salvación de toda la humanidad.

En este sentido, el sumo pontífice Francisco está hablando con ahínco a la Renovación Carismática. Dijo a más de un millar de sacerdotes y obispos carismáticos durante el III Retiro Mundial de Sacerdotes, en Roma, el 12 de junio de 2015: «Hay un problema que es un escándalo... es un escándalo. Es el problema de la división de los cristianos... es el problema de la división de los cristianos. El ecumenismo no es una tarea más para hacer, es un mandato de Jesús, un mandato de amor, expresado en el momento en que iba a ser entregado: “Padre, que todos sean uno, como tú y yo somos uno, para que el mundo crea que tú me has enviado”. El ecumenismo no es solamente una tarea, es buscar la unidad del Cuerpo de Cristo, rota por nuestros pecados de división. [...] Nuestra tarea ahora que hay una conciencia ecuménica, que Jesús a través de su Espíritu nos da la gracia para descubrir este camino, nos invita a buscar la unidad del Cuerpo de Cristo. Buscarla primero que nada en nuestro corazón. Esto lo hace el Espíritu Santo».

Y también a los participantes de la XVI Conferencia Internacional de la Fraternidad Católica, celebrada en Roma el 31 de octubre 2014: «La Renovación Carismática es, por su misma naturaleza, ecuménica. Sobre este tema el beato Pablo VI, en su magnífica y actualísima exhortación sobre la evangelización, dice: “La fuerza de la evangelización quedará muy debilitada si los que anuncian el Evangelio están divididos entre sí por tantas clases de rupturas. ¿No estará quizás ahí hoy uno de los grandes males de la evangelización?” (*Evangelii nuntiandi* 77)».

Desde este punto de vista, veo la necesidad de reevaluar la experiencia del bautismo en el Espíritu Santo de manera que finalmente reconozcamos «el poder de Dios», redescubriendo:

- Una relación personal con Jesús, que nos permita experimentar la salvación auténtica a través de la «confianza» en él;
- Un crecimiento en la santidad «hasta que todos lleguemos a la unidad en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la plenitud de Cristo» (cf Ef 4, 13);
- Una participación comprometida en la difusión del Reino de Dios, ante todo edificando el Cuerpo de Cristo y reparando fracturas antiguas y divisiones entre los creyentes en Cristo... «por el triunfo de la civilización del amor».

Ahora, continuando con las enseñanzas de Francisco, este triunfo de la civilización del amor —con el que muchas veces soñaron también nuestros amados papas Pablo VI, san Juan Pablo II y Benedicto XVI— debe ser construido sobre la base de la unidad en la diversidad, y no por el simple objetivo de la uniformidad. He aquí una parte de su discurso a la Fraternidad Católica, ya citado: «La uniformidad no es católica, no es cristiana. La unidad en la diversidad. La unidad católica es diversa, pero es una. ¡Es curioso! El mismo que hace la diversidad, es el mismo que después hace la unidad: el Espíritu

Santo. Hace las dos cosas: unidad en la diversidad. La unidad no es uniformidad, no es hacer obligatoriamente todo junto, ni pensar del mismo modo, ni mucho menos perder la identidad. La unidad en la diversidad es precisamente lo contrario, es reconocer y aceptar con alegría los diferentes dones que el Espíritu Santo da a cada uno, y ponerlos al servicio de todos en la Iglesia».

Por lo tanto, solo podemos construir el Cuerpo de Cristo buscando la unidad en la diversidad, sin desear que los demás se vuelvan como nosotros, perdiendo su identidad. Necesitamos renovar nuestra forma de pensar sobre el Cuerpo de Cristo y retroceder en nuestros muchos prejuicios acerca de las creencias de nuestros hermanos y su manera de vivir la fe en Cristo. En este sentido, hay que reparar muchas fracturas y divisiones pasadas entre los cristianos de diferentes iglesias, miembros de la misma Iglesia, y ciertamente entre los mismo miembros de la Renovación Carismática Católica.

Podemos alcanzar este objetivo únicamente a través del perdón ofrecido a los demás, incluyendo a nuestros enemigos, a imitación de nuestro Señor Jesucristo. El perdón es la herramienta importante que el Señor nos dio para construir el Reino de Dios, conforme a su corazón. De hecho, aunque ninguno de nosotros puede borrar el mal hecho tras crear o mantener divisiones en todos los niveles, cada uno de nosotros puede remediar el mal hecho —y está fuertemente llamado a hacerlo— con actos concretos de perdón con los que nos rodean: familia, grupo de oración y comunidad, parroquia, y finalmente con los cristianos de diferentes iglesias. Esto sucederá cuando acojamos y aceptemos las diferencias de los demás, dejando de soñar en un mundo como nos imaginamos que debería ser... y este perdón se convierta en misericordia... amor real que, olvidando el pasado, permite que quien es «diferente» sea libre, al igual que nosotros queremos y debemos seguir siendo libres, para ser fieles a la propia identidad y a la fe. Pensemos con un corazón misericordioso en lo que nos une más que en lo que nos divide: «Caminemos con lo que tenemos en común, que es suficiente [...]. Sigamos adelante con la fuerza del Espíritu Santo» (*Discurso de su santidad Francisco a los participantes de la XXXVIII Convocación de la RnS*, 3 de julio de 2015).

¡Créanme! Cada reconciliación hecha en este espíritu se convertirá en un medicamento eficaz para curar las muchas heridas del Cuerpo de Cristo... y el Cuerpo de Cristo se hará más y más «el más bello de los hombres» (Sal 45, 3). Tomemos en serio este compromiso en nuestra vida personal, por nuestra propia santidad, por la construcción del Cuerpo de Cristo y por el aumento de la evangelización cristiana de los no creyentes de pleno siglo XXI. Esta sería la mejor preparación para el Jubileo de Oro de la RCC que vamos a celebrar con el santo padre Francisco en Pentecostés del año 2017.

Un mayor perdón y amor misericordioso por aquellos que son diferentes a nosotros también nos ayudará —como creyentes y discípulos de Cristo— a tratar y dialogar con los musulmanes en estos tiempos difíciles. No hemos de responder a la violencia con violencia, sino por el poder del perdón debemos plantar una semilla de paz en el corazón de los que en el mundo solo conocen los caminos de la guerra.

Seamos «otro Cristo», dispuestos a perder nuestra vida por completo, con el fin de difundir la semilla de la misericordia... y la civilización del amor será una realidad, la oración de Jesús se cumplirá y un nuevo Pentecostés descenderá sobre la tierra. 🏠



## PREGUNTAS A LA COMISIÓN DOCTRINAL DE ICCRS

La Comisión Doctrinal de ICCRS, actualmente presidida por la Dra. Mary Healy, consulta con teólogos y especialistas de todo el mundo.

Si tiene alguna pregunta sobre la RCC, envíela a [newsletter@iccrs.org](mailto:newsletter@iccrs.org)

# ¿El papa puede revocar las leyes o enseñanzas de la Iglesia?

Muchos no católicos hoy hablan de lo maravilloso que es el papa y luego hacen preguntas como: ¿El papa Francisco revocará la prohibición de ordenación de mujeres sacerdotes? La percepción tiende a ser: «nuevo papa, nuevas leyes». ¿No es cierto?

Su santidad Francisco ha aparecido en la portada de la revista *Rolling Stone* y en la revista evangélica *Christianity Today*. Caricaturistas lo han presentado como un superhéroe con capa. El papa actual tiene un atractivo mundial, y eso conlleva la esperanza de la gente en que su papado pueda marcar el comienzo de algún tipo de cambio. Pero ¿qué puede cambiar el papa? Esta cuestión alude al magisterio del oficio papal y no pocas veces es confundida tanto por católicos como por no católicos.

Cuando Cristo dijo: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia», le encargó a Pedro el oficio de gobernar la Iglesia, y esta autoridad es continuada por el sucesor de Pedro, el obispo de la Iglesia de Roma, que es el vicario de Cristo y pastor de la Iglesia universal en la tierra. En virtud de su cargo, el papa tiene potestad ordinaria suprema, plena, inmediata y universal sobre la Iglesia. Su autoridad es suprema porque nadie en el mundo puede denegarla; es plena porque no la comparte con nadie, y es inmediata ya que no necesita de nadie que hable por él. Es universal porque, a diferencia de un obispo diocesano, no hay límites territoriales que limiten su autoridad, ni existen restricciones de que sea aplicable solo a ciertas categorías de personas. Es ordinaria puesto que no ha sido delegada al papa por otra persona.

Así pues, en efecto, el soberano pontífice tiene a su disposición la autoridad suprema ejecutiva, legislativa y judicial de la Iglesia. ¿Quiere decir esto que puede hacer lo que quiera? No. Él sirve a una autoridad superior: a Cristo mismo. El papa no es cabeza de la Iglesia, Cristo sí.

Este punto teológico, por tanto, requiere una distinción que debe hacerse entre dos diferentes tipos de leyes: leyes eclesásticas, que se establecen por la autoridad humana, y la doctrina o ley divina que es fijada por Dios mismo. Las leyes y normas eclesásticas se pueden cambiar, la ley divina no.

Las leyes basadas en la autoridad humana se pueden cambiar cada vez que la Iglesia vea la necesidad de hacerlo. Sin embargo, es importante recordar que la autoridad para realizar estos cambios no es concedida por cualquier persona, es dada por Dios. Jesús le dijo a Pedro y los apóstoles: «Todo lo que aten en la tierra quedará atado en los cielos, y todo lo que desaten en la tierra quedará desatado en los cielos» (Mt 18, 18; 16, 19). La doctrina o ley divina, por el contrario, es la enseñanza de la

Iglesia en materia de fe y moral. Todas estas enseñanzas fueron dadas a la Iglesia por Jesús y los apóstoles antes de la muerte del último apóstol. Esta doctrina se puede desarrollar con el tiempo a medida que la Iglesia trata de entenderla mejor, pero no puede ser cambiada en el sentido de reversión. Nadie, ni siquiera el papa, tiene la autoridad para cambiar la doctrina.

El magisterio papal no puede contradecir la Escritura, la Tradición o las anteriores enseñanzas papales vinculantes. Los papas solo tienen autoridad para preservar e interpretar lo que han recibido. Pueden extraer las conclusiones de enseñanzas anteriores o aclararlas donde haya ambigüedad. Pueden hacer formalmente vinculante lo que ya se imparte de manera informal, pero no pueden revertir las enseñanzas pasadas y tampoco pueden hacer nuevas doctrinas de la nada.

Un ejemplo de estos dos tipos de leyes se refiere a la doctrina del sacerdocio. Al papa Francisco se le ha preguntado varias veces si la Iglesia consideraría admitir mujeres al sacerdocio y su respuesta ha sido: «La Iglesia ha hablado y ha dicho que no... Esa puerta está cerrada». Al hacer referencia sobre el papel esencial de la mujer en la Iglesia, Francisco hizo referencia al documento *Ordinatio sacerdotalis* de 1994, en el que el papa Juan Pablo II dijo que la Iglesia no tiene autoridad para ordenar mujeres, y este punto de vista debe ser adoptado por todos como una creencia definitiva. La Congregación para la Doctrina de la Fe emitió posteriormente una aclaración, indicando que, aunque *Ordinatio sacerdotalis* no era en sí misma una declaración infalible, expresa la tradición constante y clara de la Iglesia, que hace infalible la exclusión de las mujeres del orden. Asimismo, cabe señalar que dicha exclusión de las mujeres de la ordenación sacerdotal no implica que estas tengan menos dignidad que los hombres; más bien pone de relieve la diversidad en la misión que de ninguna manera compromete la igualdad de la dignidad personal.

En contraste con la doctrina de la ordenación masculina está la práctica del celibato sacerdotal. En la actualidad, en el rito romano, normalmente solo se seleccionan a los hombres comprometidos con el celibato de por vida para la ordenación sacerdotal. Los ritos orientales en comunión con el obispo de Roma, por el contrario, no requieren el celibato de todos los hombres que buscan la ordenación. Si el celibato sacerdotal perteneciera al depósito de la fe, todos los ritos necesariamente deberían ajustarse a él. Sin embargo, el celibato no es una doctrina, sino una disciplina de la Iglesia; pertenece al tipo eclesástico de leyes, lo que en teoría podría cambiar.